

BIBLIOTECA
Los Grandes Films
DE
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

IDOS ÉXITOS RUIDOSOS!

Los hijos de Nadie

(3 EDICIONES)

El triunfo de la mujer

(2 EDICIONES)

LA BIBLIOTECA MÁS SU-
GESTIVA E INTERESANTE
DE TODO ESPAÑA. NIN-
GÚN BUEN LECTOR DE-
JARÁ DE FORMARLA.

¡ÉXITO ENORME!

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 77

25 cts.



COMO
LA ARENA

por
Peggy Hyland
FilmoTeca
de Catalunya



LEROY GRANVILLE, Fred

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 77

COMO LA ARENA

(SHIFTING SANDS, 1922)
por la famosa "estrella" PEGGY HYLAND, VALIA I

LEWIS WILLOUGHBY

Presentaciones del

Foto: SILVANO BALBONI

Guió: R. C. WELLS



MARCA REGISTRADA

CLASIFICACIÓN: SUPERFILMS

Selección C. C. P. :- Edición Franco-Norte-Americana

Consorcio Internacional de Explotaciones Cinematográficas
(Por contratación comercial)

C. I. E. C.

CENTRAL: Aragón, 231 bis, - BARCELONA

Argumento de la película de dicho título

*LEMA: Los hombres se agitan a
merced de Quien puede, como las
arenas del desierto a impulsos del
Simoun.*

I

En la Quinta Avenida, orgullo y preza de Nueva-York, el doctor Lewis Lindsay había mandado construir un palacete. Nido esplén-

dido para cobijar sus ilusiones de amante esposo y venturoso padre. En sus lujosos salones celebrábase la fiesta semanal acostumbrada, con lo que se congregaba en su casa lo más selecto de la buena sociedad neoyorquina. Su esposa Clara, de sin igual belleza, triunfaba esplendente luciendo su donaire y elegancia por entre los concurrentes, siendo admiración de «ellos» y de «ellas».

Lindsay se había casado con Clara más subyugado por su belleza que por estar enamorado de sus dotes personales que apenas si conocía cuando con ella se unió en matrimonio.

Del enlace, nació un pequeño «baby» delicia y encanto de su padre. Y no decimos de «sus» padres, porque Clara si bien le quería bastante, más atenta estaba a lucir su figura que a los cuidados propios de una madre que a los hijos se debe... El pequeño Bobby resentíase de ello, mas lejos de crecer huracán como acontece con los demás infelices que se encuentran en tal caso, había depositado todo el tesoro de sus infantiles ternuras en su padre que á su vez estaba loco con su pequeñín.

Hemos dicho que Clara descuidaba el amor de su hijito por afán de lucir... y no hemos sido francos. Si Clara no sentía palpitar en su interior el vehemente grito de la madre... era porque estaba enloquecida por los galanteos de un tal Zagreb. ¿Y quién es Zagreb? Un aventurero, un hombre sin pasado claro y de porvenir incierto. Dice que es oriundo de Trípoli, se permite dárselas de original... ¡y todo esto ha sucedido a Clara!

La fiesta hállase en su apogeo... Lindsay está atendiendo á sus invitados cuando entra el famosísimo pintor de paisajes exóticos Smith,

acompañado de su preciosa hija Maud. (Peggy Hyland).

Maud es íntima amiga de Clara; ambas estuvieron juntas en el internado, ambas jugaron á los mismos juegos... Pero mientras Clara gustaba de jugar a «visitas» y a vestirse de «señora», Maud se embelesaba balanceando a su precioso muñequito... que así en los juegos de las niñas podríamos leer lo que serán cuando mujeres esos seres extraños y sublimes que Dios ha puesto a nuestro lado...

Ya convertidas ambas en deliciosas muñequitas, juntas conocieron al doctor Lindsay, pero mientras Maud en su seno virginal sintió arder el fuego inextinguible de un primer amor, Lindsay se encaprichaba por las coqueterías rebuscadas de Clara, y con esta última se casaba al poco tiempo.

Maud sintió que el corazón se le desgarraba, pero desde el mismo fondo de su alma, deseaba tan sólo que Lindsay encontrara al lado de Clara el amor y la felicidad que ella le hubiera prodigado a costa de su propia vida...

Pasaron los años. Hoy Clara posee «casi» un amante, mientras Maud que ha conservado las cenizas de aquella ilusión vé con delicia al doctor Lindsay frecuentemente sin dejar traslucir lo más mínimo lo que experimenta en su interior.

Precisamente en el momento en que Maud llega en compañía de su padre, por la escalera principal de la casa descende el pequeño Bobby, deliciosamente encantador con su pyjama...

—Tunante... ¿cómo se atreve usted a bajar al salón sin haberse puesto el smoking?— pregunta no pudiendo contener la risa, al verlo tan precioso y encantador, Lindsay—¿Cómo ha tenido tal atrevimiento?

—No me riñas, papá—contesta Bobby con voz melosa velada por la tristeza—; vengo a dar las buenas noches a mamá... Hoy la hice enfadar y no ha venido como otras veces... como siempre...

Y la voz se le anuda en la garganta.

Lindsay se lo come a besos, y Maud que ha asistido a la deliciosa escena y que quiere a Bobby con toda su alma como a hijo de Lindsay, le dice amorosamente:



Precisamente en el momento en que Maud llega...

—Espera, nenín mío. Yo iré a buscarte a tu mamá.

«Mamá no ha venido hoy como otras veces», ha dicho el sentido Bobby... El inocente ignora que la desventurada está ofreciendo su boca a los torpes apetitos del aventurero Zagreb...

Maud, en busca de Clara, entra en la biblio-

teca inopinadamente, y júzguese de su asombro al sorprender a su amiga en brazos del pseudo-Tripolitano.

Cree ver visiones; en los primeros momentos núblasele la vista como si la vil traición se la hiciera a ella misma...

—¡Clara!—le grita desconcertada— ¿cómo es posible... con un esposo que te adora... con un «baby» como el tuyo...?

Zagreb se ha retirado rápidamente, y Clara,



—¡Clara!... ¿cómo es posible... con un esposo que te adora... adoptando aires impertinentes, clava en ella la mirada diciéndole:

—No sé hasta qué punto puede interesarte el inmiscuirte en asuntos que no te importan... Y la cuitada dejando a Maud, traspasada por el dolor, se aleja negligentemente...

Maud más que el latigazo de la frase estúpida ha sentido el desengaño de ver el envile-

cimiento de su entrañable amiga... y tiembla al pensar en el disgusto que va á experimentar el que ella ama cuando se entere de la vil traición... Y Bobby... el monísimo Bobby...

—Papá—dice a Smith no bien reintegrada al salón de fiestas—, me he indispuerto súbitamente... Suplica a estos señores que nos disculpen... desearía regresar a casa...

Smith, que adora a su hija, pues en ella ha concentrado todos los amores de su corazón ya que su madre murió al darle vida, se apresura a cumplimentar el deseo de Maud.

Maud está como atontada; lo que ha visto, lo que ha oído la ha afligido tanto que siente invadir todo su ser de una pesadumbre y una tristeza infinitas...

II

Smith se ha hecho célebre pintando paisajes exóticos. En el Africa ha pasado la mayor parte de su tiempo, y su más ferviente deseo es el de volver allí, pero no se decide a emprender nuevamente tan penoso viaje; sabe que Maud prefiere Nueva-York a las tierras africanas y temeroso de contrariarla aplaza cada día la partida que anhela...

...Aquella noche, al volver de la fiesta dada por Lindsay, Smith tiene una gran satisfacción no exenta de inquietud por ignorar las causas que pueden inducir a su hija a mudar tan súbitamente de opinión al decirle:

—Papá... tengo un poquito de «spleen»... Varias veces has dicho que te gustaría volver al Africa. ¿Por qué no efectuamos este viaje?... Me distraería tanto...

—Precisamente hablando esta noche con el señor Zagreb—apresúrase a responder su padre— acabé de entusiasmarme para volver

allí... Y pues tú me acompañas contenta,... ¡salimos en el primer buque!

Maud queda sola en la lujosa estancia... Sueña... ¿En qué? Sobre una mesa hay una fotografía de Lindsay... Maud la quita de su marco, la estrecha sobre su corazón y no pudiendo contener el llanto, corre a refugiarse en sus habitaciones...

Y Smith que vuelve y nota la desaparición del retrato, comprende... o cree comprender.



—Papá... tengo un poquito de «spleen»...

III

No ha sido sólo Maud quien se ha apercibido de la conducta de Clara. Hay quien pasa su vida acechando lo que hace y lo que siente el prójimo.

Primero un murmullo leve, después descarada gritería que al fin ha llegado a oídos de Lindsay.

Ocho días después de haberse celebrado la fiesta que dejamos relatada, Lindsay ha tenido una confidencia más punzante que nunca.

—Supongo que hoy nos será permitido comer sin la compañía de este importuno Zagreb—dice a su esposa.

—Ignoraba—responde Clara—que te molestase la presencia de este buen amigo.

—No es la esposa la que debe estrechar la amistad de los amigos de la casa. Se le vé demasiado frecuentemente por aquí... interesa a tu reputación que espácie sus visitas.

—Dentro de un momento estará aquí... Tú mismo podrás decirle lo que te venga en gana...

Lindsay siente que una indecible congoja le sube del corazón y como un autómeta diríjese hacia el cuarto de su adorado Bobby en cuyos brazos busca consuelo a su dolor...

Una hora después, la hora de cenar. Lewis da las buenas noches a su pequeñín, descendiendo al comedor... ¡y sorprende a Clara cambiando un apasionado beso con Zagreb!

—Si tu esposo recela—le dice el aventurero a la desventurada que le escucha como a un dios—, la suerte está echada. Huyamos a los países de ensueño donde por vez primera ví la luz... Allí quiero gozar también de mi primer amor verdadero...

Y Clara le cree, le escucha embelesada mientras el rufián continúa...:

—Dentro de pocos días sale un vapor para Trípoli... es mi país, la tierra donde se ama y se es dichoso eternamente... Tu vida será a mi lado la de una reina... y yo tu esclavo... ¡Te amo tanto!

Lewis, inundada la frente de sudor, llega a os límites de su paciencia. ¿Cómo es posible tanta maldad?...

—Tu esposo—prosigue Zagreb—no tiene derecho a detenerte... ¡Tienes la obligación de volar hacia donde te espera la felicidad suprema!

Desde su escondite, Lewis siente que la sangre se le agolpa violentamente en el corazón y no pudiendo contenerse por más tiempo se planta de un salto ante aquel villano gritándole:



...diríjese hacia el cuarto de su adorado Bobby en cuyos brazos busca consuelo a su dolor...

—¡Miserable!... ¿Por qué me roba la madre de mi hijo?

Y el desvergonzado responde con flema:

—¿Por qué no la vigila usted mejor?

Un enérgico puñetazo de Lewis es el justo castigo a la torpe respuesta... Y una lucha titánica, feroz, se entabla entre los dos hombres...

Todo está permitido; aquellos dos hombres pelean con tal frenesí, que bien claro se vé que sólo puede terminar con la destrucción de uno de los dos.

Ya parece que domina Zagreb; como repeniéndose rápidamente gana terreno Lewis... Al fin este último logra disparar un tan soberbio puñetazo en el mento del aventurero que éste cae sin sentido sobre una mesa-escritorio... Lewis, sudoroso y jadeante, repónese unos instantes, mientras Zagreb, cobrando nuevas energías y saliendo de su momentáneo letargo, aprovecha un momento en que Lewis está de espaldas y, tomando una figura de bronce, descarga un golpe tan enérgico sobre la cabeza de, desprevénido Lewis que éste cae rodando por el suelo...

—¡No cabe ya la vacilación!—balucea Zagreb arrastrando a Clara que como una sonámbula le sigue—; huyamos arrollándolo todo, sin girar la cabeza... ¡La felicidad nos llama, la fatalidad nos une!

IV

Han transcurrido algunas semanas. El pintor Harry Smith y su hija, se han instalado en Trípoli. El primero, en busca de los esplendentes paisajes del misterioso Continente; la segunda, ganosa de distraerse y olvidar.

Por otra parte Zagreb y la casquivana Clara se encuentran en uno de los mejores hoteles de la capital «donde vió la luz por vez primera» el desaprensivo aventurero.

Los dos amantes están hablando con Ben-Alí, tío de Zagreb y prefecto de policía en Trípoli. Tío y sobrino estrechan más y más sus relaciones, y Zagreb junto con Clara dispónense a efectuar un paseo por las calles de la originalísima Trípoli.

Maud acierta a pasar por los alrededores y júzguese de su asombro al descubrir a su ex-amiga de la infancia...

Y Maud regresa a la «villa» que habita con su padre, presa de la mayor emoción por el inesperado encuentro que aviva su dolor.

—Papá—dice a Smith—, ¿no sabes?... acabo de verlos en Trípoli... a ellos... a Clara...

Y Smith que nada sospecha, deduce de las palabras de Maud que Clara encuéntrase en Trípoli junto con Lindsay y así comenta extrañado:

—Me extraña mucho que Lewis no me haya comunicado su intención de efectuar este viaje... ¡Podíamos haberlo realizado juntos!

Entretanto en Nueva-York, no bien se hubo restablecido de sus heridas, Lindsay sólo tuvo una preocupación: ¿dónde se encontraba su esposa?... ¿Qué habían hecho aquellos infames de su adorado Bobby?

En tal angustioso estado de alma, recibió ¡al fin! contestación de la prestigiosa agencia de Investigaciones a que se había dirigido.

«Muy señor nuestro—decía la carta—: tenemos el honor de informarle que la señora Lindsay se embarcó junto con un niño de unos cinco años en New-York con destino a Trípoli. Ambos iban acompañados por un sujeto fichado con malos antecedentes en esta Agencia llamado Zagreb.

De Vd. attos. y S. S. q. e. s. m.

Strawen.»

Fácilmente podrá imaginarse el efecto que tal carta produjo en el ánimo de Lewis; enloquecido de angustia, presa de una nerviosidad quiza irreflexiva, no tuvo más que una idea fija: ¡trasladarse a Trípoli!

Entretanto en el viejo Continente, el país de

las puestas de sol sublimes, mientras un ambiente subyugante y entristecedor de extraña poesía invade la vida de los seres, el pequeño Bobby, prisionero en las cuatro paredes del cuarto del Hotel, cae de hinojos ante un crucifijo y reza con extraña fervorosidad en un niño de su edad...

—¿Qué haces, Bobby?—pregunta la madre.

—Rogaba al señor Dios que me devuelva a mi papá—responde punzantemente en su inocencia el hijo.

Y Clara empieza a medir la horrenda profundidad del abismo en que ha caído...

Zagreb entretanto sigue la mar de tranquilo, y restregándose las manos no cesa de repetir a su tío Ben-Alí desde que ha empezado la larga conversación que con él sostiene en la prefectura:

—Clara tiene una cuantiosa dote... Si conseguimos el divorcio... ¡ya tengo mi fortuna asegurada!

Ya de regreso en el hotel, sorprende, en el preciso momento de entrar, a Lewis que se dispone a hacerlo al mismo tiempo. Zagreb no tiene más que el tiempo preciso de esconderse y entrando por otra puerta ponerse al habla con el conserje al que precipitadamente dice:

—Si el individuo que entra ahora pide por mí o la señora que me acompaña, diga que no nos ha visto nunca en su vida.

Y así Lewis queda despistado, encaminándose inmediatamente a la Prefectura, pero allí Ben-Alí, de acuerdo con Zagreb, le dice que precisamente acaba de facilitar un pasaporte a favor de «aquel» individuo para Egipto...

Zagreb, no bien puesto de acuerdo con su tío, se encamina directamente hacia donde sabe ha

de encontrar a varios moros que le son adictos hasta llegar al crimen...

Y así Lewis al salir de la Prefectura y encaminarse a las afueras de la ciudad para coordinar un poco las ideas, es violentamente asaltado por los miserables secuaces de Zagreb que dispónense a asesinarlo cuando precisamente Smith que se encuentra pintando por los alrededores acude presuroso y pone en fuga a los criminales, sin poder impedir que de un garrotazo le dejen tendido en tierra sin sentido.

Júzguese del asombro de Smith al reconocer a su buen amigo. No acierta á salir de su extrañeza y murmura:

—¿Por qué Lindsay habrá ocultado a su mejor amigo este viaje?

Las graves heridas sufridas por Lewis en el atentado, provocaron la fiebre y ésta fantásticos delirios... Cuando disipáronse las gasas que envolvían su cerebro, vió clara y radiante la figura de un angel, de un alma bondadosa y caritativa que durante su largo desvanecimiento estuvo en la cabecera de su cama conteniendo la respiración, anhelante, ansiosa...

—¡Maud, usted aquí!

—Sí, ...ama...d... amigo mío!

Y los dos jóvenes confunden sus miradas que comprenden lo que el labio balbuceante casi no supo callar.

Pasaron algunos días, diáfanos, puros, esplendentes en que Lewis recobró sus pérdidas fuerzas y Maud demostró una abnegación tal, que el pobre herido extrañado, vislumbró en lontananza una nueva vida... promesa de raudas felicidades.

Smith no ha tardado en descubrir lo que a las claras demuestran los dos jóvenes, y así

un momento que puede hablar solo con el convaliente le dice:

—Mira, amiguito... a mí no se me engaña... Tú abrigas intenciones aviesas... ¡Quieres acabar a mi pequeña Maud!

Y Lewis, no pudiendo callar por más tiempo lo que revoluciona su corazón, confiesa:

—Pues bien, sí. Pienso casarme con ella en cuanto obtenga el divorcio. Pero Maud no sabe nada... Quiero que ignore mis propósitos hasta que puedan convertirse en realidades... si ella quiere...

El transcurso implacable del tiempo ha sido terrible para los sentimientos de Clara, que en El Fur, donde ha querido huir Zagreb de la venganza de Lewis comienza á darse cuenta de que cometió una torpe ligereza separándose de su esposo....

El pequeño Bobby tiene no poca parte en el arrepentimiento de Clara, pues siempre está nombrando a su papá. Lógica consecuencia de esta noble aunque inconsciente actitud, es un odio feroz que le ha cobrado Zagreb, el cual le aparta lejos de sí brutalmente cada vez que el niño a él acude ofreciendo la caricia, solicitando el beso...

Y como Bobby tiene necesidad de caricias y no le bastan las de su madre que en la turbulenta vida que lleva no puede estar por él, se cobija bajo el afecto de un buen moro que le adora...

Precisamente una tarde Clara se encontraba detrás de una celosía contemplando a su hijo recostado sobre las rodillas del moro que le acariciaba... y alucinada vió como el moro se transformaba y tomaba la figura de su esposo... Pronto recobróse de su ilusión al sentir la

presión en sus espaldas de la mano de Zagreb.

—¿Qué haces, Clara?

—No me molestes... Estoy observando cómo un salvaje trata mejor a mi hijo que tú...

Y pasaron los días afianzando sentimientos. Por un lado el amor de Lewis y Maud, por el otro el odio de Clara hacia Zagreb y la indiferencia de éste hacia aquélla...

Hasta tal extremo había llegado el hastío y arrepentimiento de Clara, que estaba completamente resuelta a separarse de Zagreb y así aprovechando una ausencia de aquél dispone su fuga.

¡Ironías del destino!... Mientras Clara creía que con un simple propósito de enmienda podría rescatar su traición... la fatalidad había dispuesto que Lewis anduviera cada vez más prendado de la mujer que le estaba destinada pese a las exigencias humanas y a sus propios propósitos.

Y mientras Maud entregábase inconscientemente a una sublime ilusión, mientras Lewis creía vislumbrar una nueva aurora para su truncada vida, la que *tenía derecho* al amor del joven entraba en el mismo Hotel que habitaba Lindsay desde su estancia en Trípoli.

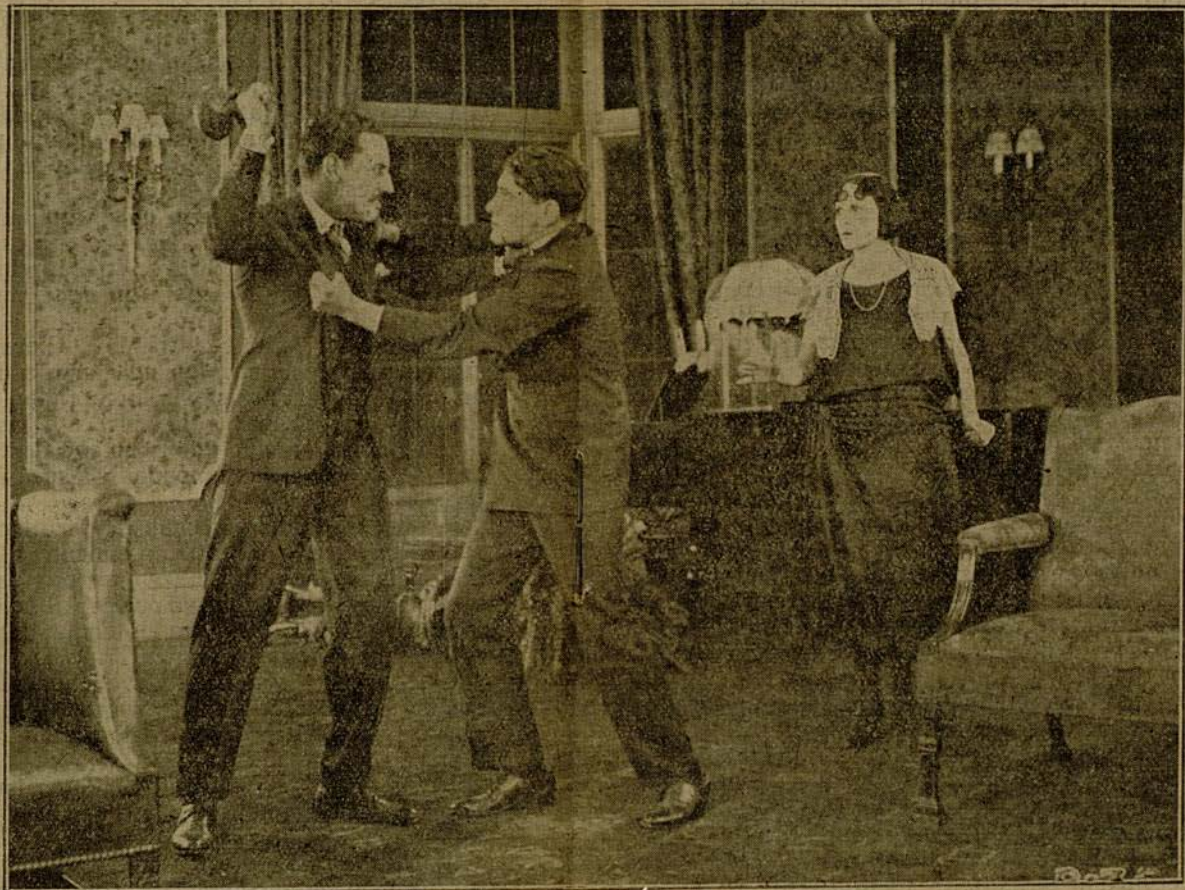
Clara, nerviosísima, agitada, encaminábase a sus habitaciones, cuando la puerta de enfrente abrióse y encontráronse frente á frente Lewis y ella.

Lewis dominó bien pronto el primer impulso de extrañeza, de modo que pudo decir adoptando una actitud irónica:

—¿Dónde está el buen amigo Zagreb?

—Te juro—repuso con voz sofocada la culpable—que estoy sola...

—¿Qué ha hecho de mi hijo?... ¡Pronto, con-



... y tomando una figura de bronce...

testel ¡Toda excusa sería inútil, toda discusión vergonzosa para usted!

—Lewis, no quiero que salgas de aquí ni decir nada hasta que... me perdones... Quiero vivir apartada de la sociedad... lejos del mundo...

—No le pregunto lo que usted quiere hacer, sino lo que ha hecho de mi hijo.

—Quiero rescatar con una vida de sacrificios la falta de un momento de locura... quiero esperar que un día puedas acogermene nuevamente bajo tu techo...

—Clara, nuestra imaginación nos hizo creer un día, que nuestras vidas eran paralelas... El destino se ha cuidado de demostrar que en cambio deben seguir rutas divergentes...

Irreductible se mostraba Lewis a las súplicas de Clara, cuando una voz angelical dejóse percibir detrás de la puerta...

—Mamá... Mamá...

A esta voz, y al ver el gesto de su esposo, Clara tuvo la inspiración de la hembra que ve en peligro a su cachorro.

—¡Es mi hijo —gritó aferrándose a sus hombros—, es mi hijo!... ¿Tendrías valor para arrebatármelo?... ¡Ni los leones se atreven a arrancar los pequeñuelos de las garras de su madre!

A Lewis también lo había emocionado intensamente el eco de la voz de su hijo... Mil encontradas reflexiones hervían en su cerebro...

¿Qué es un hijo de padres divorciados? ¿Qué porvenir le espera? ¿Qué humillaciones, dolores, lágrimas no le están destinados?... Así Lewis por el bien de su hijo, tuvo valor para sacrificar su propia felicidad, brindando al mismo tiempo a una desventurada la ocasión de redimirse...

Y dejó desplomarse sus brazos a lo largo de su cuerpo, y con gesto sublime de cabeza murmuró al oído de Clara:

—No puedes comprender el alcance de mi sacrificio... ¡Ya que no supiste ser digna de mí, trata de serlo al menos de nuestro hijo!

Y dejando a la madre sollozando, Lewis, tambaleándose, retiróse sin saber donde iba y no pudiendo casi soportar el enorme peso de su sacrificio.

Cuando regresó a casa de Smith, éste bien pronto notó el estado de ánimo en que se encontraba Lewis...

—Estoy desesperado amigo mío—explicó—pero cumplí con mi deber. No quiero sin embargo vivir con aquella mujer... Mi existencia está troncada. Esperaré el transcurso de los años, perdido en el fondo del desierto...

Y sin interrumpirse fué exponiendo todo el estado de alma por qué había pasado; su primer furor, su reflexión, su sacrificio sublime por el bien de su adorado Bobby... Perdonar... ¡El había hecho más que perdonar! Había renunciado a su felicidad con Maud, había renunciado a la compañía de su hijito por el cual se sacrificaba a fin de que no hubiera de avergonzarse de su madre, y para poder soportar su inmenso dolor iba a sepultarse en las ardientes arenas del desierto...

Smith era un fatalista. Creía convencido que el hombre no es más que un juguete del destino que se mueve en manos de Quien puede como las arenas del desierto a impulsos del Simoun.

—Piensa lo que quieras—dijo cuando Lewis hubo terminado su penosa relación—; vé donde te plazca. ¿Qué importan al destino tus decisiones? Ya puedes esconderte en el desierto

para evadir sus designios; de allí te arrancará como un monigote cuando así convenga si «estaba escrito». Además—añadió—si tu corazón está dolorido, yo sé de otro que lo estará mucho más cuando se entere de tu partida.

—Maud—repuso Lewis que comprendió—ignoraba mis propósitos... Sólo tú los conoces... Olvidará fácilmente... debemos esperarlo...

Viendo que no podía disuadir a su amigo de sus propósitos, Smith levantóse de su asiento compungido y descorazonado, y disponíase a retirarse cuando en el dintel de la puerta encontróse con su hija que en aquel preciso momento entraba.

—Hija mía—le dijo—, el Doctor viene a despedirse... estará alejado por mucho tiempo... Su esposa y su hijo... ¿sabes?

Maud sintió que la sangre se helaba en su corazón. Nada contestó y avanzó como un autómata hacia Lewis, el cual viendo su extrema palidez comprendió que obviaba toda explicación y murmuró tan sólo:

—Es preciso, Maud... Voy al centro del África, en el ardiente desierto, donde se olvida... donde se es olvidado...

—Todo lo comprendo—dijo con voz temblorosa Maud—. Ha visto usted a Clara y al niño, ¿verdad?... El divorcio es una horrible cosa, especialmente para los niños... ¡Ha hecho usted bien, amigo mío!

Y ambos jóvenes se separaron convencidos de no verse nunca más...

* * *
Pero Zagreb no se conformaba tan fácilmente con perder su presa. Informado del paradero de Clara, corrió hacia Trípoli. Como sospechaba, la infeliz ignorándolo todo en la tor-

tuosa ciudad, hospedóse en el hotel que ocuparon juntos, y fácilmente Zagreb pudo presentarse ante la fugitiva.

Júzguese del efecto que la aparición hizo en el ánimo de Clara, radiante de buenos propósitos y ebria de gozo por el desenlace de la escena que había sostenido con su esposo.

—¿Por qué has huido, Clara?—fueron las primeras palabras del aventurero—. Si te imaginas que lo he dejado todo por tí con el fin de llegar a este resultado, estás muy equivocada.

—¿Qué has dejado tú por mí? ¿Qué más pretendes?...

Zagreb en el tono con que pronunció estas palabras su amante, comprendió que había perdido completamente su favor; sintió que la presa se le escapaba de las manos...

—¡Quiero que te cases conmigo... que te divorcies cuanto antes!

En cuanto la infeliz escuchó estas palabras, sintió que se le desgarraba el alma. Zagreb exigía lo que ella tantas veces anheló como una liberación... y ahora aquella cadena que a Lewis le retenía... ¡le era tan grata!...

¡Mentira parece que el corazón humano pueda aborrecer hoy lo que ayer deseó fervientemente!

—¿Divorciarne?... ¡Nunca!—gritó.

Pero ya se podrá comprender que Zagreb no era de los que fácilmente cedían el campo. Clara se le antojó más hermosa que nunca, sintió hervir el deseo, el odio, la rabia, el furor... Y fué acercándose hacia ella que al ver la expresión de su rostro, retrocedía... retrocedía... Y Zagreb impertérrito seguía su lento y terrible avance. Caer en los brazos de aquel hombre, significaba para Clara la claudicación

absoluta de sus buenos propósitos, la pérdida de su libertad, la ruina moral de su hijo... Y retrocedía... retrocedía... sin ver que a la altura de sus rodillas, la barandilla de la ventana puso en juego sus piernas y la desventurada cayó al vacío...

Piadosos transeúntes habían recogido a Clara en gravísimo estado. La trasladaron a una habitación del hotel... La infeliz expiraba... Smith acertó a pasar por el lugar del accidente y enorme fué su sorpresa al reconocer en las facciones de la moribunda a su amiga Clara de Lindsay. La acompañó cuidadosamente y no bien la pudo dejar un instante ya instalada en el hotel, corrió hacia su casa para comunicar a Maud la horrible nueva.

En cuanto la joven supo lo ocurrido, ni un instante de duda tuvo su generoso corazón. Ni se acordó siquiera de las ofensas recibidas, de los desaires de que fué víctima por parte de Clara.

—¡Debo volar a su lado!—gritó, y presurosa corrió, junto con su padre, hacia el lecho de dolor de la desventurada.

Clara había recobrado el conocimiento, pero su estado se agravaba por momentos.

—No existe la menor esperanza de salvarla—dijo el Doctor—; la caída ha sido terrible.

En cuanto Clara reconoció a la amiga de su infancia, sus ojos ya cristalizados pareció que por un instante adquirirían fulgores de vida, y con voz casi imperceptible murmuró:

—Gracias por haber venido Maud... por haber perdonado... Quisiera pedirte un favor... un último favor... Dile a él... que también me perdone... que olvide el mal que le he hecho...

Y mientras la pobre Clara pronunciaba es-

tas palabras, una vocecita que oyóse al otro lado de la puerta hizo prorrumpir en sollozos a Maud que a duras penas podía ya contener el llanto...

—...Mamá... mamá...

Y Clara también reanimóse al escuchar la voz del hijo... Sus ojos adquirieron todo el brillo de la vida... ¡que un hijo, para una madre siempre es vida!... Irguióse desesperadamente y asiendo el brazo de Maud exclamó con ímpetu:

—Maud... Maud... ¡Es mi hijo!... te lo suplico... sé para él una madre... no le abandones...

Había sido demasiado enérgico el esfuerzo... Reclinóse pesadamente... clavó los ojos en el infinito como si quisiera escudriñar lo que ya no veía... Había dejado de existir.

¿Qué hacía entretanto Zagreb? ¿Dónde estaba? ¿Cómo no se había ocupado más de Clara?

Otras preocupaciones retenían su atención.

En un diario recién llegado de Nueva-York había leído pocos momentos antes de su escena con Clara:

«Londres—El crimen cometido hace algunas semanas en casa del rico Banquero Lewer ha podido al fin ser esclarecido por la policía londinense.

«Según parece, el asesino, que de un tiro de revólver acabó con la víctima, no es otro que el famoso rata de Hotel llamado Ben-Said, el cual una vez cometido el asesinato, huyó a New-York dónde bajo el nombre de Zagreb logró introducirse en la buena sociedad neoyorkina.»

Al ver descubierto uno de sus crímenes, Zagreb sólo tuvo una idea: casarse con Clara,

apoderarse así de su cuantiosa dote, y huir en el seno de su tribu en el desierto.

Ya hemos visto qué terribles resultados tuvo la primera etapa de su deseo, y, disponiase a que la segunda fase del mismo se desarrollase según sus propósitos. De modo que en cuanto Clara estrellóse contra el suelo Zagreb apresuróse a huir. Y abandonando a su triste suerte a la que tuvo la debilidad de prestar oídos a sus palabras, en poco tiempo organizó una caravana y a uña de caballo perdióse en el desierto sin límites.

¿Qué había sido de Lewis?... Cierta mañana había desaparecido. Nadie sabía donde estaba... ¡Había cumplido su promesa!

Vanas habían sido las averiguaciones efectuadas por Smith y Maud. En ninguna parte sabían dar razón del paradero de Lewis...

¡El destino abría las puertas de la felicidad a Maud, devolviendo la libertad a Lewis... pero él mismo las cerraba nuevamente haciendo que Lewis se hubiera hundido en un puesto avanzado del desierto poco antes de la muerte de su esposa!

Y descorazonados Maud y su padre abandonaron las tierras africanas para sentar su residencia en una preciosa propiedad que poseían en Inglaterra.

El pequeño Bobby les acompañó desde luego, y pronto Maud y el pequeñín fueron los mejores amigos del mundo.

Y pasaron los años, lentos, implacables y Bobby fué transformándose en un hombrecito, y Maud hacíase cada día más hermosa, y Smith estaba loco de contento no sabiendo a quién querer más.

Cierto día, Maud, notó que su padre estaba

preocupado y manifestaba patentes deseos de hablar con ella a solas.

—Tengo noticias de Lindsay—dijo apresuradamente no bien Bobby se hubo marchado.

—¿Qué dices!

—Si. Acabo de hablar extensamente con un viejo explorador amigo mío. Pues bien; este hombre conoció en el más avanzado puesto italiano, allá en pleno desierto de Lybia, a cierto doctor americano llamado Lindsay...

Varios días Smith y su hija no pensaron en otra cosa. Hasta que al fin sin que nadie se atreviera a decirlo primero, quedó convenido que organizarían una expedición al desierto de Lybia, para tratar de encontrar al Doctor.

Dos meses después volvían a estar en Trípoli, Smith con su hija y Bobby, a la sazón un vivaracho muchacho de once años.

Difícil era encontrar guías para llegar hasta el Oasis de El-Kar, donde las autoridades italianas suponían a la intrépida avanzada de exploradores.

El Oasis de El-Kar se hallaba alejadísimo, y para llegar a él, era preciso atrevesar la peligrosa zona azotada por terribles tempestades de arena, y arrostrar los más enérgicos furores del Simoun. Por si esto fuera poco, infestaba la región una banda de asesinos temibles que casi tenían bloqueado al propio batallón expedicionario de italianos. La única buena noticia que recibieron, fué la certidumbre de que entre los heroicos expedicionarios hallábase el doctor norte-americano Lindsay.

Al fin a peso de oro pudo organizarse la caravana, y una mañana en que el tiempo parecía más calmo que nunca y favorable por lo tanto para efectuar la peligrosa travesía, más de cincuenta hombres de confianza armados

hasta los dientes con Smith, Maud y Boby a la cabeza salían de Trípoli con dirección al Oasis de El-Kar.

Ya en pleno desierto de Lybia, el jefe de los moros empezó a dar señales de impaciencia. Miraba el firmamento como si quisiera escudriñar a través de su límpida transparencia...

—No podemos tener mejor tiempo—dijole Smith, deseoso de recibir una contestación afirmativa.



...con Smith, Maud y Boby a la cabeza, salían...

—Amo; no te fíes de este cielo tan claro... El viento terrible le mantiene libre de nubes... ¿Ves allí en lontananza aquellas nubes como estriadas?... ¡Pues es el terrible Simoun que antes de veinte minutos nos envolverá en olas de arena!

Inmediatamente bajó del caballo y dió órden de montar seguidamente el campamento.

Afianzó escrupulosamente las amarras... Pasaron unos quince minutos... Ya el sol habíase oscurecido y el terrible viento silbaba furioso.

No se había equivocado el árabe. Pocos minutos después, rugía imponente el terrible Simoun y nubes de arena envolviendo hombres y animales sembraban el espanto y la desolación.

Aquel espectáculo era de lo más grandioso que imaginarse pueda, y Smith, si bien adoptando toda clase de precauciones, no pudo contenerse y salió al exterior para contemplarlo. No bien hubo puesto el pié fuera de la tienda, encontróse con el jefe moro que con el terror pintado en el semblante dijo presurosamente:

—Estamos perdidos. Los terribles bandidos Zamirais galopan en nuestra dirección y la tempestad nos impide levantar el campo.

Las tempestades de arena son peligrosísimas y de una intensidad formidable, pero pasan pronto. Calmó el viento y reposó la arena, pero ante los expedicionarios aparecieron una nube de jinetes que en un momento cercaron el campo, dieron muerte a la mayoría de los hombres, apoderáronse del botín y huyeron llevándose a Maud.

Hemos relatado este pasaje de este modo, porque todo ello ocurrió en un santiamén. Los moros aun no repuestos de su espanto por la tempestad, estaban desprevenidos y ofrecieron una débil resistencia. Smith que bramando de coraje lanzóse sobre el árabe que le arrebatara a su hija, recibió un tiro certero que le tendió en el suelo mal herido... ¡Hasta el pobre Boby que había acudido en defensa de su «mamita» recibió un enorme culatazo en la frente que le hizo perder el conocimiento!...

Maud estaba como loca por el terror que le causaban las patibularias caras de los que la apresaron, y desesperada por la suerte corrida por los seres queridos.

En cuanto llegaron al campo la arrancaron del camello y la entraron en una tienda que se distinguía de las demás y pertenecía, al parecer, al jefe.

Poco a poco fué reponiéndose del espanto pero al comprender su verdadera situación cre-



...y ofrecieron una débil resistencia.

ció más y más su desesperación. Disponíase a gritar, a lanzarse como una loca por la salida, cuando el jefe apareció con paso majestuoso.

—A los pies de usted, miss Maud Smith—dijo con aire cortés y en perfecto inglés.—¿No me conoce?... Sin embargo—prosiguió—tuve el honor de serle presentado en casa de mi buen amigo el doctor Lindsay.

Maud miraba, miraba y nada veía, nada comprendía, tal era su estupor. Por fin, abrió desmesuradamente sus grandes ojos, y lanzó un grito:

—¡¡Zagreb!!

—Para servir a usted...—continuó éste cínicamente.—Precisamente opero en estos para-
jes para ver si puedo apoderarme de mi entra-
ñable amigo.... En cuanto a usted, se me antoja
manjar exquisito digno de mí.

Y con la mayor tranquilidad del mundo diri-
gióse hacia Maud, estrechóla entre sus bra-
zos y besóla en la boca. Al contacto repugnan-
te, Maud reaccionó y entonces empezó una
lucha terrible entre el brutal aventurero y la
pobre Maud que debatíase como una avecilla
en las garras del gavilán.

Entretanto, en el campamento de los expe-
dicionarios víctimas del asalto, Smith y Bobby
habían recobrado el sentido. El muchacho pu-
do levantarse y dar algunos pasos. Smith es-
taba imposibilitado de moverse.... Sin embar-
go hizo un supremo esfuerzo y pudo arrastrar-
se durante un buen trecho.... El campamento
no estaba lejos... pero ¿cómo llegar hasta él?...
Una sed terrible les devoraba, el sol les abra-
saba como un hierro candente; Bobby hacien-
do esfuerzos sobrehumanos consiguió poder
andar con alguna continuidad; en cambio
Smith sintió que la vista se le nublabá, que
perdía nuevamente el conocimiento.... Sólo tu-
vo tiempo de señalar una dirección.... Y volvió
a quedar inmóvil.

Pero Bobby había comprendido. Al ver que
Smith caía, cobró nuevos ánimos. Ya no se
trataba de salvarse, sino que tenía la respon-
sabilidad de salvar a un hombre que no podía
valerse.... Y sacando fuerzas de flaqueza in-

corporóse y empezó a andar en la dirección indicada....

Entonces empezó un verdadero calvario para el valiente muchacho. Estaba exhausto, perdía abundante sangre por la ancha herida que cruzaba su frente.... Nubes negras pasaban por sus ojos, la sed no le dejaba vivir... pero andaba, andaba... siempre en dirección igual.... Por fin no pudo más; cayó como una masa sin sentido....

Pero había tenido la dicha de poder llegar hasta una prominencia en la cual y con ayuda de potentes gemelos fué visto por un centinela avanzado. Poco después hallábase en el campamento italiano debidamente atendido.... En cuanto recobró el sentido, sus primeras palabras fueron para indicar el sitio donde yacía su compañero y protector e inmediatamente salió un piquete en busca del herido.

Este habíase animado algo, y no bien reanimado por un buen trago de ron, pudo narrar el ataque de que habían sido víctimas y denunciar el rapto de Maud.

Un jinete corrió al campamento para comunicar la noticia, mientras los demás transportaban con toda suerte de cuidados al herido.

Al saberse la nueva fechoría de los Zamirais, la indignación estalló en el campamento. Lindsay púsose inmediatamente de acuerdo con el jefe del puesto, y en pocos minutos un numeroso contingente de jinetes encaminábase a todo galope hacia el campamento de los bandidos.

Entretanto Zagreb seguía forcejando con la prisionera para obtener lo que ésta defendía con tesón impropio de una joven débil y desfallecida por las emociones pasadas....

Los italianos avanzaban rápidamente....

Por fin, Maud sintió que empezaba a perder las fuerzas; Zagreb dibujó en su rostro terrible una sonrisa brutal, y con gesto rápido apoderóse de la boca de la muchacha que al asqueroso contacto perdió el sentido...

Un centinela entró en aquel mismo instante para informar al jefe de que los italianos estaban cercando el campo.

Dejó caer éste a la joven como un fardo y salió fuera de la tienda... Pero no para ponerse al frente de los suyos... sino para huir. Disponíase a montar a caballo cuando vióse sorprendido por Lindsay.

—¡Tú aquí!—rugió—. Y saltando sobre la grupa del caballo huyó rápidamente.

Pero Lindsay le seguía a corta distancia. Su rencor parecía comunicarse a su montura que corría frenéticamente... Por fin dióle alcance. De un manotazo arrancó a Zagreb de su silla, y ambos rodaron por la arena estrechamente unidos, deseosos de arrancarse la vida. La lucha fué terrible. Al fin aquellos dos hombres que tantos motivos tenían para odiarse, pudieron ventilar en el desierto inmenso, digna pista para debatir tanto rencor, todo el virus que corroía sus corazones. Pero esta vez la Justicia púsose del lado de la fuerza, y Lindsay pudo asir a Zagreb por el cuello y loco de furor estrechó sus manos como tenazas de hierro y el bandido expiró.

Fácil es de imaginar la alegría que reinó en el campamento cuando regresaron los italianos victoriosos. Smith y Boby habíanse re-puesto bastante y pudieron abrazar a Maud que estaba como loca de contento...

En lontananza un jinete avanzaba rápidamente... Era Lindsay que volvía de aplicar justicia al asesino y terrible jefe de bandidos.

La escena que desarróllose entre Maud, Lindsay, Smith y Bobby, no es para descrita. Lindsay y Maud no sabían si precipitarse el uno en brazos del otro... ¡Era tanta la felicidad que experimentaban!... Sólo pudo ser superada cuando orgullosamente Maud señalando a Bobby le preguntó:

—¿No le conoce?... ¡Es Bobby... su hijo!

Pocos días después una fuerte escolta disponíase a acompañar a los norte-americanos hasta Trípoli. Smith cuidaba de los últimos preparativos, cuando divisó a Lindsay que se ocupaba en lo mismo junto con Maud. Acercóse a él, y poniendo una mano sobre su hombro le soltó la frasecita que tanto tiempo había callado:

—Vaya unas ganas de hacernos tragar arena—dijo—y pasar aventuras... Una vez más te lo repito, amigo Lewis: nuestros destinos *están escritos*. Y si placía a Quien puede que tú fueras el esposo de Maud, aunque hubieras partido al fin del mundo y hecho todo lo contrario, lo que había de ser hubiera sido.

Y el fatalista alejóse contento de su victoria, mientras Lewis y Maud, ante el espléndido espectáculo de un ocaso en el desierto sin fin, juntaban sus labios...

FIN

(Prohibida la reproducción)

(Revisado por la censura militar)

Próximo número:

LA CUNA VACÍA

preciosa comedia sentimental interpretada por la bellísima ETHEL CLAYTON.

Postal-Fotografía: ERIC VON STROHEIM

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

Precio, 25 céntimos.

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA